
¿PARA QUÉ SIRVEN realmente...?

LOS MERCADOS FINANCIEROS

VICENTE VARÓ

“Quizá no tenemos el sistema ideal, probablemente sea muy mejorable y ojalá de esta crisis salga un modelo más sólido, más útil para los ciudadanos. Para ello resulta clave avanzar en la cultura financiera, conocer mejor cómo participamos en los mercados, cómo los usamos en el día a día, qué papel cumplen en nuestras decisiones a lo largo de nuestra vida y cómo pueden ayudarnos ante los retos que se nos presentan.”



PAIDÓS

Índice

- PORTADA
- AGRADECIMIENTOS
- INTRODUCCIÓN. LOS MERCADOS FINANCIEROS
- 1. ¿POR QUÉ NECESITAMOS LOS MERCADOS? DE LA NÓMINA AL SEGURO DE HOGAR...
- 2. ¿CÓMO HEMOS LLEGADO HASTA AQUÍ?
- 3. ¿QUÉ MERCADOS FINANCIEROS HAY?
- 4. ¿QUIÉNES SON LOS MERCADOS?
- 5. ¿ESPECULACIÓN O INVERSIÓN?
- 6. ¿MÁS LIBERTAD O MÁS REGULACIÓN?
- 7. MATRIX RELOADED: TECNOLOGÍA Y FINANZAS
- 8. LOS MERCADOS Y LA BOMBA DEMOGRÁFICA
- 9. CUIDADO CON LAS EMOCIONES
- 10. MEJOR EN COMPAÑÍA: ASESORES FINANCIEROS Y REDES SOCIALES
- CONTEXTOPEDIA
- BIBLIOGRAFÍA
- CRÉDITOS

Agradecimientos

A María, María peque, Vicente y David, por vuestra paciencia, comprensión y apoyo. Y, sobre todo, por vuestro cariño.

A Álvaro, Roberto, César, Borja, María, Esther, Nico y todo el Unience Team; a Juan, Enrique, Santiago, Íñigo, Peti y Joaquín... Mil gracias por vuestro tiempo y ayuda.

Introducción

LOS MERCADOS FINANCIEROS EN NUESTRA VIDA

¿Por qué hemos pasado a vivir pendientes de la prima de riesgo? ¿Por qué sale en todos los telediarios? ¿Qué son exactamente los mercados? ¿Por qué importa tanto la Bolsa? ¿Y los bonos? ¿Qué papel juegan? ¿Qué aportan a la sociedad?

¿De dónde sale el dinero que me presta el banco para comprar una casa? ¿Por qué me cobra un mayor o menor interés? ¿Qué hace el banco con el dinero que le pago cada mes a cuenta de mi hipoteca?

¿Cómo es posible que unos pocos grandes inversores puedan poner contra las cuerdas a todo un país? ¿Realmente es posible? ¿Quiénes son esos inversores?

¿Es sostenible el Estado del Bienestar? ¿Por qué necesitamos a los mercados?

¿Por qué las crisis se repiten una y otra vez? ¿Por qué no aprendemos? ¿No hay ninguna regulación que las evite? Y si ya hay regulación... ¿Qué ha fallado? ¿Por qué no hay mejores controles?

¿Es mala la innovación financiera? ¿Es verdad que muchas de las operaciones en Bolsa las realizan robots? ¿Qué papel juega la tecnología en los mercados financieros?

¿Tiene solución esta crisis? ¿Cuál es esa solución? ¿Cómo saldremos de ésta?

Nunca antes, jamás en la historia de España, estas preguntas han ocupado tanto tiempo y espacio en la vida de los ciudadanos. Jamás hasta este momento los grandes

asuntos financieros habían llegado al bar de la esquina, se habían colado en la conversación entre dos jubilados o en las cenas navideñas.

Basta sentarse a escuchar en un tren, en un banco en la plaza, en un restaurante... Y encontraremos personas, casi con independencia de su condición social, comentando al punto exacto al que el día anterior cerró la prima de riesgo, valorando los ajustes que impone «la Merkel».

Los mercados ocupan un papel preponderante en nuestra vida. Tanto, que al sistema actual se lo conoce como «economía de mercado». Los mercados ya estaban cuando había euforia económica. De hecho, han sido claves en el crecimiento de todos los países, cuando nadie hablaba de recortes, antes del estallido de la crisis.

Sin embargo, su gran salto a la actualidad ha llegado con el hundimiento económico. Sí, han pasado al centro de la escena cuando hemos empezado a preguntarnos qué ha pasado, por qué, de repente, hemos pasado de la euforia a la depresión. Lo mismo que ese matrimonio que, cuando parecían una pareja ideal, nadie veía sus problemas, pero que, de pronto, un día se separan. Toda su familia y amigos empiezan a buscar explicaciones para entender por qué se ha llegado a esa situación. Surge la necesidad de conocer mejor lo ocurrido.

Y nuestro interés todavía se ha desarrollado más cuando hemos escuchado que los mercados nos piden que nos ajustemos el cinturón, más reformas. Cuando hemos visto en Internet y en la televisión que nos acercábamos al abismo, hemos sentido esta curiosidad natural, determinada a la supervivencia.

Ha sucedido lo mismo que cuando nos diagnostican una enfermedad que nunca antes habíamos oído. Nos queremos informar, saber cómo funciona nuestro cuerpo, qué podemos hacer para sanar más rápido, cómo podemos haberla contraído...

Desde que estalló la crisis todos nos hemos hecho preguntas de este mismo estilo, aplicadas a los mercados. Pero ¿qué y quienes son exactamente? ¿Cómo funcionan? ¿Qué utilidad tienen para la sociedad? ¿Pueden contribuir a un mayor bien social o son una camarilla de poderosos que juegan con nosotros como con marionetas?

En la calle ganará por mayoría esta visión negativa, dado que la gente de a pie percibe que son los mercados quienes nos han empujado a realizar tantos dolorosos recortes. Y en ocasiones con argumentos sólidos, como los escandalosos pagos que se han llevado a casa ejecutivos cuyos bancos tuvieron que ser rescatados con dinero del contribuyente. Entonces, ¿por qué no dejamos este sistema y nos buscamos otro?

Quizá no tenemos el sistema ideal, probablemente sea muy mejorable y ojalá de esta crisis salga un modelo más sólido, más útil para los ciudadanos. Para ello resulta clave avanzar en la cultura financiera, conocer mejor cómo participamos en los mercados, cómo los usamos en el día a día, qué papel cumplen en nuestras decisiones a lo largo de nuestra vida, cómo nos pueden ayudar ante los retos que se nos presentan.

Nos conviene saber bien qué sucede cuando pedimos una hipoteca, cuando contratamos un seguro, de quién es el dinero que invierten los grandes fondos de inversión, cómo nos puede ayudar la innovación financiera. Necesitamos organizar nuestro dinero, gestionar nuestros ahorros, ponerlos a trabajar, precisamos la creación de nuevas empresas e impulsar el espíritu emprendedor.

Es imprescindible que surjan ideas de éxito y que haya financiación para ponerlas en marcha. Que las empresas crezcan y oferten más puestos de trabajo, que se reduzca el paro. Y para ello, por ejemplo, es básico un sistema que distribuya el dinero hacia las iniciativas más exitosas.

Para ello, es vital que las personas con dinero busquen hacerlo crecer, obtener la mejor rentabilidad según el riesgo que asumen. Al preocuparse por la rentabilidad de sus inversiones, se plantearán también el coste de lo que compran. Y así, en un mercado ideal, ayudarán a establecer un precio, un valor para el intercambio de productos al que se llega por el acuerdo entre los que quieren comprar y los que desean vender. Los que ofrecen pan y los que quieren comer bocadillos.

Cuanta más transparencia hay en la formación de precios, mejor para la toma de decisiones que afectan muy directamente a nuestra vida. Y por eso hemos ido mejorando a lo largo de la historia los mercados, y han ido apareciendo los mercados financieros.

Pensemos por un momento en una persona que tiene necesidad de disponer de dinero en mano, de conseguir liquidez, y que está pensando en vender unas acciones y un apartamento que tiene en la costa. En un momento sabrá cuánto le darán por sus acciones. Mientras que con el apartamento primero tendrá que poner un anuncio, buscar una agencia inmobiliaria, analizar las ofertas, bajar el precio si no le llegan...

Todo este proceso de búsqueda de precios ya lo hemos organizado de un modo mucho más eficiente gracias a los mercados financieros. Y lo mismo ocurre con la rapidez a la hora de hacer los movimientos y los pagos. Pensemos en cómo abonamos ahora la factura de la luz, del gas, del teléfono, en cómo pagamos los impuestos municipales. Para la mayoría de estos servicios ya no tenemos que perder nuestro tiempo en desplazarnos hasta una oficina, con el dinero en el bolsillo, y hacer una larga cola hasta que nos toque pagar.

Si domiciliamos los pagos, es decir, si pasamos los recibos por el mercado financiero, nos ahorramos una cantidad de tiempo y dinero que nos viene muy bien. Y no hablemos ya si pensamos en transacciones internacionales.

Es decir, hemos ido creando soluciones a los problemas que nos van surgiendo y, en muchas ocasiones, lo hacemos a través de los mercados. El mundo financiero existe porque a lo largo de la historia ha cumplido el papel de dar respuesta a los retos que se nos iban planteando.

Mientras escribía estas líneas se publicó un libro del profesor estadounidense Robert Shiller, que precisamente responde a estas cuestiones. Se titula *Las finanzas en una sociedad justa*.

En la presentación en España, Shiller visitó la Fundación Rafael del Pino y comentó su visión: «La gente puede estar enfadada por lo que pasa pero necesitamos las finanzas; y las precisamos en sus diferentes formas. Lo que la gente realmente debería estar haciendo, si están motivados por el 15-M, Occupy Wall Street o cualquier otro movimiento similar, es aprender finanzas y participar en el debate sobre la mejora de este sector fundamental para la sociedad».

Con este libro que usted tiene ahora entre las manos vamos a intentar poner nuestro granito de arena en esta tarea, desde un tono constructivo y didáctico. Trataremos los fallos y las amenazas que presenta el sector financiero, pero desde una mirada serena y reflexiva, intentando aportar luz sobre los mercados y su funcionamiento, ofreciendo al lector las claves para entenderlos mejor.

Éste es el objetivo fundamental.

Explicaremos de un modo sencillo por qué tienen un papel clave en nuestra vida; cómo participamos en ellos en el día a día, con ejemplos cotidianos.

Entenderemos por qué hemos llegado a la presente situación. Es decir, las finanzas no son un invento de Goldman Sachs y otros grandes banqueros de Wall Street, sino el fruto de una tendencia que evoluciona desde que el hombre siente la necesidad de mejorar su modo de vida.

Haremos un rápido repaso por la historia, donde veremos que las crisis son algo frecuente, habitual. Los mercados viven en una destrucción creativa permanente, aunque

de algunas de estas demoliciones, por desgracia, se aprende menos que de otras. Y en algunas ocasiones, como en la actual crisis, muchas familias sufren con amargura las consecuencias.

Conoceremos los distintos tipos de mercados que existen, sin abusar de tecnicismos, y los actores que intervienen, desde todos los ángulos y midiendo su importancia. Veremos que los mercados no son tan lejanos a nosotros como tantas veces creemos.

También analizaremos el papel de la especulación, nos preguntaremos si nos aporta algo positivo e intentaremos comprenderla mejor.

Repasaremos el debate vigente sobre si es conveniente una mayor regulación o más libertad para los mercados, una pregunta que, en el fondo, siempre está en el centro del debate político en la primera economía mundial, Estados Unidos.

Analizaremos cuál es la relación entre los mercados y la política, cómo va evolucionando, qué regulaciones se están aprobando como respuesta a la crisis.

Trataremos la innovación financiera y meditaremos sobre qué puede aportarnos. El papel de la tecnología actual y la que viene, los riesgos que supone y las ventajas que nos proporciona.

En definitiva, intentaremos entender nuestro mundo y, nuestros comportamientos, un poco mejor. Conocer por qué nuestra relación con los mercados financieros es tan intensa y al mismo tiempo tan peligrosa. Descubriremos cuál es la célula madre de todas las crisis y por qué se seguirán produciendo en el futuro.

Antes de empezar, me permitiré un breve comentario personal.

En este libro hablaremos de dinero, de mercados, de economía... De miles de millones de euros, de trillones, de la especulación, de la inversión, del miedo, de la gestión del ahorro, de las finanzas, de las bolsas, de las divisas, del

dinero, de hipotecas, de créditos... Conceptos cuya existencia debería servir para ayudarnos a vivir mejor, no para tenernos esclavizados y agobiados. El dinero sólo tiene valor si está al servicio de nuestras necesidades; los mercados financieros nos deben ayudar a alcanzar nuestros objetivos, nuestras aspiraciones como personas y como sociedad... Si no, no sirven para nada.

Corremos el riesgo de darles una importancia excesiva, de convertirlos en lo único importante: confundir el medio con el fin. En la Antigüedad, uno de los dioses del dinero, de las riquezas, se llamaba Mammon... No seamos «mammones», no dediquemos nuestros días sólo a rendirle pleitesía.

Estas ideas trataré de transmitirles a mis hijos durante mi vida, es uno de mis retos como padre. Intentaré animarles a que arriesguen, a que pongan a trabajar los ahorros, a que no lo guarden debajo del colchón, que no tengan miedo a quedarse sin nada... Intentaré yo mismo darles ejemplos con mi propia forma de relacionarme con el dinero.

Precisamente para ello, para poder alcanzar nuestras metas, hemos creado a lo largo de la historia los mercados. Cuanto mejor los conozcamos, cuanto mejor entendamos nuestra relación con esta actividad, mejor preparados estaremos para seguir mejorándolos y para que nos sean más útiles en nuestra vida.

1

¿POR QUÉ NECESITAMOS LOS MERCADOS? DE LA NÓMINA AL SEGURO DE HOGAR...

Los mercados financieros suenan como algo lejano, oscuro y controlado por señores con bombín, chaqué, maletín y un puro en la boca. Sin embargo, los usamos cada día. Son parte básica en el engranaje de nuestra actividad cotidiana. Cada vez que ingresamos la nómina en el banco, cuando firmamos una hipoteca, cuando cotizamos a la Seguridad Social, cuando contratamos un seguro, al intentar rentabilizar nuestros ahorros, cuando viajamos a Nueva York... En casi cualquier decisión de nuestras vidas.

¿Por qué son tan importantes los mercados financieros? Como veremos en el capítulo siguiente, han ido surgiendo de las propias necesidades de las sociedades: han puesto en contacto a quienes tienen dinero y quienes lo necesitan. Han sido la vía para que los ciudadanos, empresas o gobiernos consiguieran financiación para sus proyectos o empresas. Han impulsado que el dinero no estuviera ocioso, escondido dentro de un colchón, sino buscando las mejores oportunidades.

También nos han permitido especializarnos. Gracias a los mercados financieros, cada uno de nosotros se puede encargar de una cosa distinta: no necesitamos saber montar una rueda ni construir una casa, sino que con la actividad que se nos da mejor conseguimos unos ahorros que crecen y financian nuestras pretensiones y necesidades.

Vamos a verlo con distintos ejemplos concretos que nos muestran la implicación que tienen en nuestro día a día:

LOS MERCADOS Y MI NÓMINA

Pedro trabaja como diseñador en una agencia de publicidad y cada día 28 de mes recibe su salario. Término que, por cierto, procede de la sal, que en el antiguo Egipto era usada como dinero para pagar a los soldados, ya que era muy valiosa para conservar la carne.

¿De dónde sale el dinero para pagar al empleado? De la empresa, claro. Pero ¿de dónde en concreto? ¿Lo tienen guardado en un cajón? No, lo más habitual es que la compañía tenga el dinero depositado en una entidad financiera. ¿Cómo?

Puede haber distintas fórmulas. Una de las más habituales es que tengan depositado ese dinero en un fondo de inversión. En concreto, en lo que se conocen como fondos de liquidez, activos que se pueden convertir en euros de un día para otro. Es decir, productos que ofrecen una rentabilidad muy moderada, pero en los que el dinero siempre está disponible, justo lo que necesitan las empresas para ese dinero.

¿Y dónde invierten para cumplir estas condiciones? Normalmente en bonos a muy corto plazo. ¿Qué son? Por ejemplo, uno de los fondos de mayor patrimonio del mercado español es precisamente el *BBVA Ahorro Corto Plazo*, con casi 1.500 millones de euros de patrimonio de apenas 78.000 clientes, que en los fondos se denominan partícipes. Entre sus 10 mayores inversiones uno puede encontrar Letras del Tesoro español o del italiano.

Esta misma entidad tiene otro fondo llamado *Hércules Corto Plazo Plus*, que está dirigido sólo a empresas o filiales del grupo Inditex, la compañía dueña de la cadena de moda Zara. A finales del tercer trimestre de 2012, las inversiones estaban repartidas entre emisiones de gobiernos europeos o de distintas empresas de alta calidad crediticia, las que se consideran más solventes.

En fondos de este tipo, como decíamos, está el dinero antes de viajar camino del pago de la nómina. ¿Qué pasa cuando llega el momento? La parte principal del sueldo se va directamente, vía transferencia, a un banco, aquel donde Pedro dijo a su empresa que quería que le ingresaran su sueldo. Con lo cual, pasa directamente por una entidad financiera y se ingresa en la cuenta corriente.

Ahora haga usted una prueba: vaya a Google y teclee: «domiciliar la nómina» en el buscador. Verá que le asaltan entre los primeros resultados todo un cúmulo de ofertas de entidades financieras: desde una televisión hasta un iPad, pasando por cuentas sin comisiones, en función del volumen de la nómina. ¿Por qué? ¿Cuál es la razón para que el banco esté tan interesado en mi dinero? Para el banco su nómina es muy importante.

El negocio tradicional de los bancos, junto con las comisiones de mantenimiento o por transferencias, es cobrar por los intereses de los préstamos que concede más de lo que debe pagar para obtener ese dinero. Los euros que captan a través de las nóminas les salen muy baratos, sólo el coste de la promoción, ya que normalmente van a cuentas corrientes que abonan unos escasos intereses. Les costaría mucho más caro si tuvieran que ofrecer un depósito o si se vieran obligados a pedírselo a otros bancos o inversores.

Y una vez que lo tienen pueden trabajar con ese dinero de las nóminas. El banco sólo tiene que dejar «quieto» un porcentaje del total para cubrir las necesidades de los clientes. Pero como no suelen ir todos los clientes a la vez a retirar sus ahorros, salvo en los momentos de pánico, en realidad ponen en movimiento la enorme mayoría de lo que ingresan por ese concepto.

Este dinero los bancos se lo prestan a terceros. ¿A quién? Pues quizá al amigo de Pedro que había solicitado una hipoteca... Quizá a un emprendedor que quiere abrir una nueva tienda... O quizá a un promotor inmobiliario que

quiere comprar suelo para iniciar una promoción. También puede que lo pongan a trabajar en la propia tesorería del banco, de tal manera que pueden acabar invirtiéndolo en cualquier activo del mundo, desde materias primas a un *hedge fund*, los considerados fondos especulativos o de alto riesgo, sobre los que volveremos más adelante.

Todo esto, sólo con ingresar la nómina. Sin que nosotros ni siquiera hayamos tomado ninguna decisión sobre nuestro dinero. Pero no sólo eso. ¿Qué pasa con la parte de nuestro sueldo que no llega a nuestra cuenta? ¿Qué ocurre con la cotización a la Seguridad Social? La Tesorería General de la Seguridad Social también tiene cuentas en entidades colaboradoras desde las cuales se realizan movimientos monetarios.

Por lo tanto, la cotización va directamente a las entidades y ahí ocurre lo mismo que hemos visto con los empleados en el caso anterior: la entidad pone el dinero a trabajar para sacarle rentabilidad: o bien lo presta o bien lo invierte en mercados financieros. Pero nunca se queda quieto.

Ya se puede ver que sólo el hecho de cobrar un sueldo y tenerlo depositado en una cuenta corriente nos da un protagonismo especial en el mercado financiero. Damos gasolina al banco para que conceda préstamos a otras personas o que invierta en emisiones de deuda de países como España o de todo tipo de entidades financieras, obteniendo beneficios por ese negocio.

LOS MERCADOS Y MIS AHORROS

Quizá mucha gente tiene en la cabeza que participa en el mercado cuando compra acciones o entra en un fondo de inversión. Pero no es tan consciente de su involucración cuando contrata un depósito, un seguro o un plan de pensiones.

Cuando ahorramos estamos cambiando la capacidad de consumir ahora por la de hacerlo en el futuro. O, dicho de otra forma, sacrificamos no gastarnos ahora todo el dinero, con la esperanza de que más adelante podamos satisfacer nuestras necesidades, tanto las esperadas como las imprevistas.

Básicamente, tenemos dos opciones: guardarlo en casa o ponerlo a trabajar. La primera es la vía de evitar el mercado financiero de modo directo. Se guarda en el cajón, debajo del colchón, bajo las losetas o dentro de ese libro en una estantería. Y ahí se queda hasta que sea necesario sacarlo.

Es una opción que aún se elige en muchos hogares españoles. Según un estudio publicado por Wincor Nixdorf en 2011, más de la mitad de los encuestados guardaban dinero escondido en casa. Y un 2,1 % todavía recurría como lugar de almacenamiento al colchón.

Esta fórmula parece más segura porque está bajo control, pero resulta peligrosa por el gran enemigo de los ahorros: la inflación. Eche un vistazo atrás y piense cuánto costaba una casa hace treinta años o cuánto costaba una barra de pan o un coche.

Si entonces hubiera decidido esconder entre los ladrillos una herencia de 1.000.000 de pesetas de entonces (6.010 euros), ahora apenas podría pagar la entrada del coche, cuando hace treinta años se lo habría podido comprar entero.

En muy pocas ocasiones a lo largo de la historia ha resultado más rentable elegir la opción de esconder el dinero. Una de ellas, quizá la única, fue tras la depresión posterior al *crash* del 29 en Estados Unidos y, sobre todo, en los últimos veinte años en Japón. ¿Por qué sí fue interesante en sendas ocasiones?

Por la deflación, que es como se conoce a la caída continuada y prolongada de los precios. Ésta se produce porque la economía entra en una fase tan negativa que los